

«No se nace tuberculoso, sino que se adquiere la enfermedad». La tuberculosis deja, bruscamente, de ser hereditaria para convertirse en contagiosa. Con una expresión vaga —la de *predisposición hereditaria*— se calman los escrúpulos de quienes todavía piensan en la herencia tuberculosa. Koch descubre luego su famoso bacilo y el mundo entero le emprende furibunda guerra a muerte. Pero el enemigo no ha sido derrotado; todo lo contrario, como que se refuerza.

Siempre hemos afirmado que la profilaxis de la tuberculosis se reduce a *proteger al sano, aislar al enfermo y atacar al bacilo*, pero si Lumière está en lo cierto, habrá que buscar otros medios, además, para librarnos de la peste blanca.

Sea hereditaria o no, la tuberculosis es, a su debido tiempo, una enfermedad completamente curable, hoy día que contamos con valiosos medios para reconocerla y tratarla: microscopio, rayos X, cuti-reacciones, cirugía torácica, rayos ultra violetas, agentes terapéuticos, sanatorios, clínicas infantiles, dispensarios, colonias veraniegas, educación física, deporte, etc.

Con respecto a la sífilis y al alcoholismo, se puede asegurar que se transmiten por herencia indefinida y son causa de la degeneración de la especie y de la *gran mortalidad infantil*; el número de niños nacidos muertos, deformes o prematuramente, por esas causas, es crecido.

No hay exageración alguna al afirmar que somos la resultante de las particularidades que distinguen a nuestros progenitores. De ellos recibimos, por herencia, y de acuerdo con el mendelismo, todos los *caracteres físicos* de su propio organismo, como son el color, la estatura, el timbre de la voz, la manera